

# Cuento

## EL HOMBRE INOLVIDABLE

Escribe: POLICARPO VARON

### — I —

Un hombre cabalgaba al sur una mañana de 1898. El hombre se llamaba Tulio Varón. Montaba un caballo moro. El caballo se llamaba Sueño. El hombre cabalgaba por una calle que más bien parecía un camino —por entre ceibas, por entre acacias—. En el comienzo de este relato Varón cabalga en las afueras de San Bonifacio, casi en la llanura y va a la guerra. Varón era liberal y había peleado por su partido en el 92... Era casi el alba y la luz se insinuaba en la penumbra de la madrugada, y la llanura era de un gris lluvioso, plomizo y pesado. La llanura o el alba olían como una mujer —como un hombre— perduraban en los ojos y en la memoria —y Varón y el caballo olían el alba y la llanura. Varón (como el autor de este relato) llevaba la llanura en la sangre. Varón amaba la llanura. El alba y la llanura lo ponían nostálgico— como un viejo cuento, como el recuerdo de una mujer, como una caricia olvidada y reencontrada con el tiempo. Varón, a todos nos sucede, sentía en la sangre el rumor de una desconocida discordia... El caballo iba inquieto, resoplaba y coqueteaba con la cabeza, en las riendas y en la sombra.

Varón iba a reunir sus veteranos, —sus leales— para hacer la campaña en los caseríos, en los pueblos y en las ciudades del Valle del Magdalena... Varón debía varias vidas, era un hombre valiente, ferviente, bromista y simpático... Tenía una casa en San Bonifacio, en las inmediaciones de la Plaza de Bolívar, y había dejado allí su mujer y tres hijos. La mujer de Varón



se llamaba Julia (yo no sé imaginarla) y había sufrido la espera, la soledad y la indiferencia de una guerra. Varón tenía, también, una hacienda en la llanura. La hacienda se llamaba El Paraíso... Varón era general pero no había ido a la Escuela Militar, había ganado su título al cuchillo en la guerra del 92. Varón sólo era un hábil vaquero y un hombre de la llanura.

El día encontró a Varón en Buenos Aires. Lo acompañaban tres hombres que se le habían unido en El Aceituno, un sargento de apellido Ortiz y dos soldados, dos hombres jóvenes... El caballo de Varón se había sosegado y los hombres hacían su camino taciturnos porque el sol de la mañana era agobiante, porque habían dejado su mujer y su trabajo; porque saboreaban la batalla, el peligro, el miedo y la muerte... Al medio día descansaban en El Paraíso —un caserón blanco y fantasmal— que blanqueaba bajo el sol en la ribera izquierda del Opia, un caserón rodeado de ceibas, de tamarindos, de aceitunos, de acacias, de almendros, de frutales —muy frescos—, de cuartos vastos, un caserón que se prolongaba hacia el sur como el río (que se prolongaba hacia las orillas en piedras color crema), un caserón que propiciaba el ensueño, las memorias, los olvidos.

Varón había reunido algo más de cincuenta hombres que bebían, comían y esperaban en los corredores del caserón. A los hombres los había acongojado la noticia de la guerra pero se animaban con el trago... Al sur, en la orilla opuesta, se extendía un pueblo de casas bajas, blancas; de hombres colorados y bebedores, sentenciosos, reticentes y pícaros. Ese pueblo se llama Coburgo.

Varón planeaba sus movimientos y esperaba más hombres. Pensaba que se debía atacar de noche y descansar de día, y que sus hombres debían moverse al alba y al ocaso por las orillas de los ríos, protegidos del sol y del enemigo por la sombra de los árboles de las vegas. Pensaba que la serranía baja que separaba los valles del Magdalena y del Opia era un lugar apropiado para engañar al ejército conservador. Esa tarde Varón contó sus hombres, los dividió por armas (fusiles, machetes, cuchillos) y dispuso que una mitad fuera al sur, la otra al norte. Dispuso, también —un día, un mes— una fecha para reunir sus fuerzas en un pueblo alargado y antiguo del norte. Varón suponía que sus tropas aumentarían con el correr de la guerra.



Un jueves de octubre, al amanecer, galopó al sur. Ramón Marín, un hombre corpulento, vasto y despacioso galopó al norte.

## — II —

Al principio Varón orilló el Magdalena hacia el puerto de La Ventilla. Atacaba de noche, a cuchillo, y se retiraba hacia la sierra a la luz del día para simular una retirada y distraer al enemigo. Volviendo la noche, Varón regresaba a su posición inicial... Un sábado de 1899 Varón situó sus tropas frente al puerto de La Ventilla. Esa tarde atacó a fusil, a machete y a cuchillo y llevó algunos de sus hombres hasta una colina más allá de la ciudad. Allí plantó una bandera y se retiró. Durante todo ese año galopó al norte. Debía reunirse con Marín a fines de año. En abril atacó Ventaquemada. En julio, era invierno, saqueó El Hobo. En agosto estuvo en Los Caimos, (allí recibió dos heridas). En el paso de Alvarado hizo acuchillar cincuenta gobiernistas... terminando el año —noviembre y diciembre— combatió en La Rusia: (allí, en una casita insignificante, nada notoria, en medio de la llanura triste y casi brutal, acampaba una fracción importante del ejército conservador. Varón atacó de noche. El enemigo dormía. Varón ordenó entrar a degüello. Después escribió sobre una de las paredes de aquella casita esta sentencia: **el que tiene enemigos no duerme** y siguió al norte... En enero de 1900 se reunió con Marín en San Jacinto, un pueblo alargado, antiguo y seco —lo saqueó, lo incendió—. Luego marchó sobre San Bonifacio.

## — III —

El 29 de septiembre de 1900, Varón reunió sus hombres, al alba, en las afueras de San Bonifacio. El lugar donde se detuvo se llamaba La Florida, un caserío casi inexistente. Varón ahuyentó a los pobladores. Jinetes morenos, curtidos de sol y de picardía, los persiguieron por la llanura... Varón montaba ahora un caballo negro. El caballo se llamaba Sombra y Varón estaba agrandado por las victorias. (Esta mañana tenía a su lado una mujer morena y escandalosa que lo había seguido desde Chipalo). Un estanco donde se guardaba alcohol del gobierno había sido tomado y Varón y sus hombres bebían copiosamente... Alguien trabajaba una guitarra y los hombres decían o cantaban quartetas que aludían a Varón, a su bandera y a sus



hazañas; eran versos torpes, elementales, precisos, que ignoraban la poesía... Varón bebía callado, memorioso; como a todo hombre le habían sido concedidos el conocimiento de la cobardía, de la traición; la profecía de su hora, de su muerte, de su última desolación...

Pasado el medio día —el alcohol, el odio, el valor— los habían enceguecido. Anhelaban la pelea, el enemigo y la sangre. Los cuchilleros le pedían a Varón que los llevara a San Bonifacio. Los hombres montaban y galopaban llanura arriba como si regresaran a su mujer, a sus hijos, —alegres, como si conocieran la victoria o un destino perdurable... Varón entendió que esa tarde la victoria era imprecisa o imposible— pero galopó a la cabeza de sus hombres porque aceptó su destino o lo adivinó... Marín galopaba, indeciso y cobarde, a sus espaldas...

Varón deshizo el camino que había hecho la madrugada de 1898. Su objetivo era el cuartel del ejército gobiernista en el centro de la ciudad. Débiles tiros de fusil oponían resistencia. Las tropas gobiernistas estaban atrincheradas y esperaban en los alrededores del cuartel conservador... Poco antes de enfrentar la fracción más fuerte del enemigo Varón fue alcanzado en una pierna.

Frente al enemigo, Varón bajó de su caballo y peleó a cuchillo al lado de sus hombres. Lo acompañaban al frente cuatro o cinco valientes. Había en el aire olor a pólvora y a sangre. Los hombres de Varón eran hábiles en el insulto y en la obscenidad... La pelea se dilataba y se extendía por toda la ciudad. Los hombres de Varón advirtieron la huida de Marín y la dificultad de la victoria y se retiraban...

La ciudad caía en la penumbra del ocaso y se parecía a una vasta y sombría habitación.

Varón peleaba en las cercanías del cuartel gobiernista. A su lado peleaban dos o tres leales... Pero Varón estaba solo y rodeado de enemigos. Un ordenanza lo seguía con su caballo. Varón soñaba aún con la victoria, creía en el valor, recordaba talvez las victorias que lo habían antecedido.

Ahora tenía un cuchillo. Había adivinado su destino, su muerte y su derrota. Durante un instante sólo fue un hombre atemorizado, a quien el miedo le había quitado el valor y la razón. Quiso retroceder, buscó con un golpe de ojos al ordenanza:



su caballo. Luchaban en él la cobardía y el valor, el miedo (que es peor que la agonía) y el coraje. Pero alcanzó a entender antes de ser herido, antes de herir, de agonizar y de morir que su destino estaba en los puñales del enemigo... Lo acompañaba o lo deshacía el último sentimiento del hombre —una suerte de desprendimiento, de soledad o de ausencia que es igual a la muerte... Gritó, dijo una sentencia, o un viejo santo y seña de batalla, o un conjuro y se dispuso a pelear a muerte...

Ahora la luz era la sombra —la sombra era la luz—, del cuchillo de Varón fluía sangre, sus manos habían enrojecido—, había matado cinco hombres, había sido apuñalado y agonizaba sobre la acera.

La noche había encontrado el día, la guerra había concluido y Varón —un hombre valiente e inolvidable— había muerto...

El final de este breve relato es invadido por lo macabro. Muerto Varón se convierte en juguete de sus enemigos: lo apuñalan incesantemente, lo desnudan, lo castran, lo enlazan del cuello y lo arrastran por la ciudad. Más tarde lo abandonan en las puertas de su casa.

Después una lluvia persistente acompañó el ocaso de Varón. Caía sobre la ciudad una lluvia gruesa y escandalosa.

Julia que lo había esperado dos años, que había oído toda la tarde el rumor de la batalla, abrió una ventana negra hacia la media noche... La lluvia caía y caía sobre el cuerpo de Varón y Julia la oía y la veía caer...

A Tulio Varón.